

HERRERA, FERNANDO DE (1534 – 1597)

*ELEGÍAS*

*Elegía I*

Si el grave mal qu' el corazón me parte,  
y siempre tiene en áspero tormento,  
sin darme de sosiego alguna parte;

pusiese fin al mísero lamento,  
qu' en los úmidos cercos de mis ojos  
conoce sólo su perpetuo asiento;

podría yo, Señor, vuestros enojos  
consolar, como bien exercitado  
del ansiöso afán en los despojos.

Pero nunca permite Amor airado,  
que yo levante la cerviz cansada,  
o en algo desocupe mi cuidado.

Por la prolixa senda y no acabada  
de mi dolor prosigo; y mi porfía  
en el mayor peligro es más osada.

En el silencio de la noche fría  
me hiere el miedo del eterno olvido,  
ausente de la Luz del' alma mía.

Y en la sombra del aire desparzido  
se me presenta la visión dichosa,  
cierto descanso al ánimo afligido.

Mas veo mi serena Luz hermosa  
cubrirse; porqu' en ella aver espero  
sepulcro, como simple mariposa.

Entonces me derriba el dolor fiero,  
y mi llorosa faz fixando en ella,  
cual cisne hiere el aire en son postrero;

digo: «Luz de mi alma, pura estrella,

si os perturba el osado intento mío,  
y por eso celáis la imagen bella;

ponedme, no en orror de duro frío,  
mas dond' a l' abrasada África enciende  
el cálido vapor del seco estío;

y allí vêréis, qu' al corazón no ofende  
su fuerça toda; qu' el sutil veneno  
ue de vos lo penetra, lo defiende.

No m' ascondáis el resplandor sereno,  
que siempre e de seguir vuestra belleza,  
cual Clicie al Sol d' ardientes rayos lleno.

Amo, mas con temor, vuestra grandeza;  
para apurar en vuestro sacro fuego,  
lo qu' en mí guarda esta mortal corteza.

Que sea inmensa gloria, yo no niego;  
pero por este paso en alto buelo,  
do es sin vos imposible alcançar, lleigo.

Y separada del umbroso velo,  
como desea estar, mi alma pura,  
se halla alegre en el luziente cielo.

Yo espero a vuestra sola hermosura  
por tanto bien con inmortal memoria  
hazer del tiempo y su furor segura.

No gravaré en colunas vuestra istoria,  
ni en las tablas con lumbres engañadas,  
y sombras falsas os daré la gloria;

mas en eternas cartas y sagradas,  
con la virtud, que Febo Apolo inspira  
de las Cirreas cumbres ensalçadas.

Y si a do opreso Atlante no respira  
con la pesada carga, y a do suena  
turbado el alto Ganges, lleno d' ira;

y si a do el Nilo la secreta vena  
derrama, y do el Duina grande y frío  
las tardas ondas con el ielo enfrena;

no pudiere alcanzar el canto mío,  
al menos onrará vuestra belleza,  
cuanto Ebro y Tajo cerca, y nuestro río.

Seré el primero yo, que con pureza  
de corazón, y con umilde frente  
osé mirar, mi Luz, vuestra grandeza.

Así le digo, y viendo el Oriente,  
do el cielo y tierra tocan, esmaltado  
y que mi Luz s' asconde en Occidente;

al lloroso ejercicio del cuidado  
buelvo, de mis trabajos perseguido,  
de vida sí, no de pasión cansado.

En tal mísero estado aquí perdido  
me halla el canto vuestro, qu' esclarece,  
y guarda vuestra gloria del olvido.

Y al rudo ingenio y nombre mío ofrece  
eternamente no cansada fama,  
merced del ardor sacro qu' en vos crece.

Si, do el deseo justo, que m' inflama,  
fuese mi voz, sería en onra vuestra  
una inmortal y siempre viva llama.

Pero no sufre la fortuna nuestra,  
qu' intente tanto bien, y así me dexa  
desplegar sólo esta pequeña muestra.

«El Tracio amante, a cuya dulce quexa  
el severo Plutón, enternecido,  
buelve aquella, qu' en sombra dél s' alexa;

cuando en el frío Ródope, y tendido  
yugo del alto y áspero Pangeo  
cantó llorando con dolor perdido;

y traxo al son del número Febeo  
las peñas, fieras y árboles mezclados,  
y atento el coro, que bañó el Olmeo;

con inmortales versos y sagrados

en l' ascondida niebla refería  
los principios del mundo comenzados;

el Sol ardiente, Cintia blanca y fría,  
los celestiales giros, y belleza  
de l' alta, inmensa luz, y l' armonía.

Y arrebatado en la mayor grandeza  
del tenebroso cerco reluziente,  
cantó el ardor profundo, y su riqueza.

Mas porqu' el mortal ánimo doliente,  
indino de sentir su hermosura,  
s' ofuscava en aquella luz presente;

con otra voz menos ecelsa y pura,  
pero sublime, y que rudeza umana  
desdeña, y sólo la virtud procura.

Bolvió a sonar la lira soberana,  
onrando a quien la bella Melpomene,  
lexos de tanta multitud profana,

con blandos ojos mira, y lo sostiene  
en alteza, do nunca vê se puede  
el gran varón, que su favor no tiene.

A éste sólo tanto bien concede,  
que cuando llegue la implacable muerte,  
libre de su furor viviendo quede.

Aquél también, que mereció tal suerte,  
qu' el sacro verso haga del memoria,  
no temerá su agudo hierro fuerte.

Tal por este camino dio a la gloria  
de la inmortalidad el paso abierto,  
quien celebró de Grecia la vitoria;

y el otro mayor qu' él (si no es incierto  
lo que la fama afirma) qu' el troyano  
puso en Italia, y cantó a Turno muerto.

Tal el suäve espíritu romano  
huyó con Delia del mortal tormento,  
y el puro, el terso y el gentil Toscano.

Por esta senda sube al alto asiento  
Laso, gloria inmortal de toda España,  
mesclado en el sagrado ayuntamiento.

Do, si al deseo mío Amor no engaña,  
yo espero vêros, siendo colocado  
en l' alta cumbre; que Castalia baña,

si en medio el curso no dexáis cansado  
lleváis por ella el paso acostumbrado.

El rico Tajo vuestro, conocido  
será por vos a donde riega el Indo,  
y el collado de Cintra, esclarecido  
con tal onra, será otro nuevo Pindo.

### *Elegía II*

¿Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,  
que duramente me consume el pecho,  
por estas venas mías se derrama?

Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho,  
cese, Amor, el rigor de mi tormento;  
basten los males qu' en mi alma as hecho.

Este dolor que nuevo siempre siento,  
esta llaga mortal contino abierta,  
este grave y perpetuo sentimiento,

esta corta esperança y siempre incierta,  
este vano deseo peligroso,  
fin de mis penas, esta muerte cierta;

tal me tienen confuso y temeroso,  
y sin valor perdido, y quebrantado;  
que ni aun huir de mis pasiones oso.

No es amor, es furor jamás cansado;  
rabia es, que despedaçe mis entrañas,  
este eterno dolor de mi cuidado.

Qué gran vitoria, Amor, y qué hazañas,

atravesar un corazón rendido,  
un corazón que dulcemente engañas.

Ya que me tienes preso, y tan herido,  
qu' en mi pecho no hallas lugar sano,  
no m' acabes, cruel, en duro olvido.

Mi fê, y mi pensamiento soberano,  
de mi grande osadía la nobleza  
no sufren, que me dexes de la mano.

Nací para inflamar m' en la pureza  
d' aquellas vivas luzes, qu' al sagrado  
cielo ilustran con rayos de belleza.

Y de sus flechas todo traspasado,  
por gloria estimo mi quexosa pena;  
mi dolor por descanso regalado.

Tal es la dulce luz, que me condena  
al tormento, y tal es por suerte mía  
de mi enemiga la beldad serena.

Mas, aunque sin igual fue mi osadía  
y el mal, que sufro, por tu fuego juro  
que contrastar no puedo a mí porfía.

Y cuanto en él mi corazón apuro  
y afino, tanto más crece el deseo,  
y un temor, con que nunca m' aseguro.

Quién me daría, Amor, qu' el bien, que veo,  
gozase solo, y libre de recelo,  
en aquella verdad, con que lo creo;

que nunca mi ofensor, medroso celo,  
que tan grave me aflige y desbarata,  
podría derribarme por el suelo.

¡Ay, cuánto tu crueza me maltrata!  
¡Ay, cuánto puede en mí tu diestra airada,  
que contino me aviva, y siempre mata!

Bella Señora, si mi voz cansada  
alcança tanto bien, que no os ofende,  
oídla blandamente sosegada.

Luz d' eterna belleza, en quien m' enciende,  
y gasta Amor, y en un lloroso río  
buelto, contra sus llamas me defiende;

si os puede enternecer el dolor mío,  
comiencen a ablandaros mis enojos;  
no deis ya más lugar a más desvío.

No me neguéis esos divinos ojos,  
que todo en vos m' an ya trasfigurado,  
llevándose consigo mis despojos.

Si ausente estoy de vos, muero cuitado,  
y vivo alegre sólo cuando os miro,  
¡mas, ay, cuán poco duro en este estado!

Que cuando a vê m' en vos presente aspiro,  
mi enemiga fortuna no consiente,  
que falte causa al mal, por quien suspiro;  
y así estoy ante vos solo y ausente.

### *Elegía III*

No bañes en el mar sagrado y cano,  
callada Noche, tu corona oscura,  
antes d' oír este amador ufano.

Y tú alça de la úmida hondura  
las verdes hebras de la bella frente,  
de Náyades loçana hermosura.

Aquí, do el grande Betis vê presente  
l' armada vencedora, qu' el Egeo  
manchó con sangre de la Turca gente,

quiero dezir la gloria en que me veo;  
pero no cause invidia este bien mío  
a quien aun no merece mi deseo.

Sosiega el curso, tú, profundo río,  
oye mi gloria, pues también oíste  
mis queexas en tu puro asiento frío.

Tú amaste, y como yo también supiste  
del mal dolerte, y celebrar la gloria  
de los pequeños bienes que tuviste.

Breve será la venturosa istoria  
de mi favor; que breve es l' alegría,  
que tiene algún lugar en mi memoria.

Cuando del claro cielo se desvía  
del Sol ardiente el alto carro apena,  
y casi igual espacio muestra el día;

con blanda voz, qu' entre las perlas suena,  
eñido el rostro de color de rosa,  
d' onesto miedo y d' amor tierno llena,

me dixo así la bella desdeñosa,  
qu' un tiempo me negava la esperança,  
sorda a mi llanto y ansia congoxosa:

Si por firmeza y dulce amar s' alcança  
premio d' Amor, yo tener bien devo  
de los males que sufro más holgança.

Mil vezes, por no ser ingrata, pruevo  
vencer tu amor, pero al fin no puedo;  
qu' es mi pecho a sentillo rudo y nuevo.

Si en sufrir más me vences, yo t' cedo  
en pura fê y afetos de terneza;  
vive d' oy más ya confiado y ledó.

No sé, si oí, si fui de su belleza  
arrebatao, si perdí el sentido;  
sé qu' allí se perdió mi fortaleza.

Turbado, dixé al fin: «Por no aver sido  
este tan grande bien de mí esperado,  
pienso que deve ser(si es bien), fingido.

Señora, bien sabéis, que mi cuidado  
todo s' ocupa en vos; que yo no siento,  
ni pienso sino en verme más penado.

Mayor es qu' el umano mi tormento,



y al mayor mal igual esfuerço tengo,  
igual con el trabajo el sentimiento.

Las penas que por sola vos sostengo,  
me dan valor, y mi firmeza crece,  
cuanto más en mis males m' entretengo.

No quiero concederos que merece  
mi afán tal bien, que vos sintáis el daño;  
más ama, quien más sufre y más padece.

No es mi pecho tan rudo, o tan estraño,  
que no conosca en el dolor primero,  
si, en esto que dixistes, cabe engaño.

Un corazón d' impenetrable azero  
tengo para sufrir, y está más fuerte,  
cuanto más el asalto es bravo y fiero.

Diom' el cielo en destino aquesta suerte,  
y yo la procuré, y hallé el camino,  
para poder onrarme con mi muerte.

Lo demás, qu' entre nos pasó, no es dino,  
Noche, d' oír el Austro presuroso,  
ni el viento de tus lechos más vezino.

Mete en el ancho piélago espumoso  
tus negras trenças y úmido semblante;  
qu' en tanto que tú yazes en reposo,  
podrá Amor darme gloria semejante.

#### *Elegía IV*

A la pequeña luz del breve día,  
y al grande cerco de la sombra oscura  
veo llegar la corta vida mía.

La flor de mis primeros años pura  
siento, Medina, ya gastars', y siento  
otro deseo, que mi bien procura.

Voluntad diferente y pensamiento  
reina dentro en mi pecho, que deshaze

el no seguro y flaco fundamento.

Lo que más m' agradó, no satisfaze  
al ofendido gusto; y sólo admito  
lo que sola razón intenta y haze.

Del ancho mar el término infinito,  
la inmensa tierra, que su curso enfrena,  
al bien qu' estimo, son lugar finito.

Lo que la vana gloria alcança a pena,  
por quien se cansa l' ambición profana,  
y en mil graves peligros se condena,

la virtud menosprecia soberana,  
y contenta de sí, no para en cosa  
de las qu' admira la grandeza umana.

Yo lexos por la senda trabajosa  
sigo entre las tinieblas a su lumbre,  
abrasado en su llama gloriösa.

Y si no rompe, antes qu' a la cumbre  
suba el hilo mortal, hallarm' espero  
libre desta confusa muchedumbre.

Porque ya veo apresurar ligero,  
y bolar, como rayo acelerado,  
del tiempo el desengaño verdadero.

Huyen, como saeta, qu' el armado  
arco arroja, los días no parando,  
invidiöses del no firme estado.

Va el tiempo siempre avaro derribando  
nuestra esperança, y llévase consigo  
las cosas todas del terreno vando.

Esta caduca vida, por quien sigo  
lo qu' en su gusto conformar no deve,  
y soy de mí por ella mi enemigo;

sombra es desnuda, humo, polvo, nieve,  
qu' el Sol ardiente gasta con el viento  
en un espacio muy liviano y breve.

Es estrecha prisión, do el pensamiento  
repara, y vê en la niebla una luz clara  
de la razón, qu' oprime al sentimiento.

Y, como quien mi libertad prepara,  
siento que de mi sueño entorpecido  
me llama, y desta suerte se declara;

O mísero!;ô anegado en el olvido,  
ô en cimeria tiniebla sepultado,  
recuerda dese sueño adormecido.

Estás en ciego error enagenado,  
que contigo se cría y envejece;  
¿y no das fin a tu mortal cuidado?

Por ventura, mesquino, te parece  
qu' el sol no toca el medio de su alteza,  
y la cercana noche te oscurece.

En tanto qu' está verde esta corteza  
frágil, y no la cubre torpe ielo,  
y blanca nieve llena de graveza;

buelve por ti, refrena el presto buelo;  
y coge al tiempo la mal suelta rienda;  
no te condene d' inorancia el velo.

Porque si vas por esta abierta senda,  
serás uno en la errada y ciega gente,  
do nunca el fuego de virtud t' encienda.

Cuanto Febo d' Aurora al Occidente,  
y ciñe dend' el Austro hasta Arturo,  
perece sin virtud indinamente.

Aquel dichoso espíritu, seguro  
destos asaltos vivirá contino,  
que fuere en obras y en palabras puro.

Fuerça es de la virtud, y no es destino,  
romper el ielo y desatar el frío  
con vivo fuego de favor divino.

Desampara tu osado desvarío,  
no des más ocasión a tanto engaño;

que la edad huye, cual corriente río.

Serán de tu fatiga premio extraño  
dolor confuso, vergonçosa afrenta,  
tristes despojos de tu eterno daño.

Si esto no te congoxa y descontenta,  
¿qué puede dar congoxa y descontento,  
a quien del suelo levantars' intenta?

Tú t' acabas en mísero tormento  
pensando vanamente ser dichoso,  
y contigo tu incierto fundamento.

Arranca de tu pecho desdeñoso  
la impia raíz, que cría tu esperança  
falsa en loco deseo y engañoso.

Y no es otra tu gloria y confiança  
sino perder y aborrecer (cuitado)  
a ti por quien descansa en la mudança.

Este sano consejo y acertado  
la venda de los ojos me descubre,  
y me haze mirar con más cuidado.

Viéndom' en el error, y que s' encubre  
la luz que me guiava en el desierto,  
un frío miedo el corazón me cubre.

Mas yo no puedo de mi engaño cierto  
librarm'; porqu' el fuego espira ardiente,  
qu' al mal me tiene vivo y al bien muerto.

Y cuando espero, con la luz presente  
sacalla del incendio, con dulçura  
estraña l' alma presa se resiente.

Al resplandor de la belleza pura  
corre encendida con tan alta gloria,  
que ni otro bien ni otro plazer procura.

Porqu' Amor me refiere a la memoria  
de mi dulce pasión el triste día,  
que le dio nueva causa a su vitoria.

Yo ya de mil peligros recogía  
el corazón cansado con reposo,  
y conmigo indinado así decía;

después deste trabajo congoxoso,  
razón será, qu' en agradable estado  
viva algún tiempo alegre y no medroso.

¿Qué fuerza del Amor, qué brazo airado  
penetrará mi pecho endurecido  
con un ielo perpetuo y ostinado?

No sufra el cielo, que ya más perdido  
pueda yo ser en tanto desvarío;  
baste el tiempo en engaños despendido.

El grave yugo y duro peso frío,  
qu' oprime a l' alma, y entorpece el buelo  
al generoso pensamiento mío,

decienda roto y sacudido al suelo;  
que la cerviz ya siento deslazada,  
ya niego el feudo a Amor, ya me rebelo.

Será el prado y la selva de mí amada,  
y cantaré, como canté, la guerra  
de la gente de Flegra conjurada.

Y levantando l' alma de la tierra,  
subiré a las regiones celestiales;  
do todo el bien y quietud se cierra.

La vanidad de míseros mortales  
miraré, despreciando su grandeza,  
causa de siempre miserables males.

En estos pensamientos y nobleza  
pasar contento y ledó yo pensava  
desta edad corta y breve la estrechez;

que aún ya de la cruel tormenta y brava  
no estava enxuto mi úmido vestido  
ni appena el pie en la tierra yo afirmava.

Cuando Amor, que me trae perseguido,  
en tempestad más áspera pretende

que yo peligre en confusión perdido;

con tal belleza el corazón m' ofende,  
que no puede huir su nueva pena,  
ni del mal, que padece, se defiende.

Un furor bello, que con luz serena  
me representa una inmortal figura,  
en perpetuo tormento me condena.

De la suäve faz la nieve pura,  
la limpia, alegre, y mesurada frente,  
do mostrarse la púrpura procura,

y apenas osa, y al fin osadamente  
quiere mostrarse; fueron en mi daño  
causa deste pestífero accidente.

Cual yo quedase, hecho de mí extraño,  
sábelo Amor, qu' en la miseria mía  
me da ocasión para mayor engaño.

Suspiro y lloro cuanto es largo el día,  
y nunca cesan el suspiro y llanto  
cuanto es larga la noche oscura y fría.

La dulce voz d' aquel su dulce canto  
mi alma tiene toda suspendida;  
mas no es canto la voz, es fuerte encanto,

que tras su viva fuerça y encendida  
me lleva compelido sin provecho,  
para perder en tal dolor la vida.

Duro jaspe cercó su tierno pecho,  
do Amor despunta con trabajo vano  
las flechas todas del carcax deshecho.

El rostro, do escribió Amor de su mano,  
Dichoso quien por mí pena y suspira,  
si cabe tanto bien en pecho umano;

deste miedo y peligro me retira,  
y haze, que levante el pensamiento  
a la grandeza qu' en su lumbre mira.

A todos pone espanto mi tormento,  
¿y a quién no espantará el dolor que paso?  
Y, lo menos descubro, en lo que siento.

Yo voy siguiendo d' uno en otro paso  
a mi bella Enemiga presurosa,  
y la pienso alcançar con tardo paso.

Cuando l' Aurora pura y luminosa  
muestra la blanca mano al nuevo día,  
veo la de mi Estrella más hermosa.

Mas cuanto mi fortuna me desvía  
de su grandeza, tanto más osado  
por ella sigo la esperança mía.

Tus viras en mi pecho traspasado  
ya no caben, Amor, porqu' está lleno  
de tantas, como en él as arrojado.

En la luz bella y resplandor sereno  
estavas de sus ojos ascondido,  
y me penetró dellos el veneno.

D' allí arrojaste en ímpetu encendido  
flechas de mi enemiga, y tu vitoria  
dellos nació, y fui dellos yo herido.

Amor, tú bien les debes esta gloria;  
que si no fuera por la fuerça dellos,  
en mí ya se perdía tu memoria.

Tal es la nieve de los ojos bellos,  
tal es el fuego de la luz serena;  
qu' ielo y ardo a un mesmo punto en ellos.

Del frío Euxino a la encendida arena,  
qu' el Sol requema en África abrasada,  
no se ve, cual la mía, otra igual pena.

Pero podrá dichosa ser llamada  
por quien me causa esta pasión interna,  
con invidia de todos admirada.

Así fuese yo el cielo que gobierna  
en cerco las figuras enclavadas,

para siempre mirar su luz eterna;

así sus luzes puras y sagradas  
bolviere siempre a mis vencidos ojos,  
y m' abrasase en llamas regaladas;

como todas mis ansias, mis enojos  
serían bien y gloria, y mi tormento  
descanso en el ardor de mis despojos.

Mal podré yo dezir mi sentimiento,  
si el dolor no me dexa de la mano;  
si vence su rigor al sufrimiento.

Grande esperança en un deseo vano  
es la molesta causa de mi pena,  
y un ciego error de dulce Amor tirano.

No m' espanto, qu' esté mi Estrella agena  
d' amor, pues e el amor todo ocupado,  
y dél solo mi ánima está llena;

qu' en él todo se ha toda trasformado;  
y así amo solo, y ella sola amada  
es, no amando un amor tan estremado.

Tal vez suele poner la faz rosada  
d' aquel color, que suele al tierno día  
mostrar la fresca Aurora rociada;

y le digo, Señora dulce mía,  
si pura fê, devida a vuestra alteza,  
merece algún perdón de su osadía;

vuestro ecelso valor, y gran belleza  
no s' ofendan en vêt, qu' oso y espero  
premio, que se compare a su grandeza.

Tanto por vos padesco, tanto os quiero,  
y tanto os di, que puedo ya atrevido  
dezir, que por vos vivo, y por vos muero.

Así digo; y en esto embevecido  
con dulce engaño desamparo el puerto,  
y m' abandono por el mar tendido.



Sopla el fiero Aquilón, de bien desierto,  
las ondas alça y buelve un torvellino,  
y el cielo en negra sombra está cubierto.

No puedo, ay ô dolor, ay, ô mesquino,  
remediar el peligro, que recela  
el corazón en su dolor indino.

Bien fuera tiempo de coger la vela  
con presta mano, y rebolver a tierra  
la prora, que cortando el ponto buela.

Mas yo, para morir en esta guerra,  
nací inclinado; y sigo el furor mío  
por donde del sosiego me destierra.

Vos, que deste amoroso desvarío  
vivís libre, si puedo ser culpado,  
por bolver a este mal con tanto brío,  
sabed que devo más a mi cuidado.

### *Elegía V*

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo  
fuerça, con que levante mi esperança,  
quexarme de las penas, que sostengo.

No temo ya, ni siento la mudança,  
qu' en la sombra d' un bien me dio mil daños,  
nacidos de una vana confiança.

Larga esperiencia, en estos cortos años  
de tantos males trueca a mi deseo  
el curso, endereçado a sus engaños.

Pienso mil vezes, y ninguna creo,  
qu' e de llegar a tiempo, en que descanse  
del grave afán, en que morir me veo.

Mas porque tu furor tal vez s' amanse,  
no tienes condición, que se conduela  
de vêr, que yo de padecer no canse.

Tendí al próspero Zéfiro la vela

de mi ligera nave en mar abierto,  
donde el peligro en vano se recela.

El cielo, el viento, el golfo siempre incierto  
cambiaron tantas vezes mi ventura,  
que nunca tuve un breve estado cierto.

Anduve ciego, viendo la luz pura,  
y, para no esperar algún sosiego,  
abrí los ojos en la sombra oscura.

La fría nieve m' abrasó en tu fuego;  
la llama, que busqué, me hizo ielo;  
el desdén me valió, no el tierno ruego.

Subí, sin procurallo, hasta el cielo;  
que se perdió en tal hecho mi osadía,  
cuando m' aventuré, me vi en el suelo.

No estoy ya en tiempo, donde a l' alegría  
dé algún lugar, ni puedo a mi cuidado  
sacar del vano error de su porfía.

¿Do está la gloria de mi bien pasado,  
que, como en sueño, vi tal vez delante?  
¿a do el favor a un punto arrebatado?

Mísera vida d' un mesquino amante,  
siempre en cualquier sazón necesitada  
del bien que huye, y pierde en un instante.

Mal puedo hallar fin a la intricada  
senda, por donde solo voy medroso,  
si no la tuerço, o rompo en la jornada.

Tan alcançado estó y menesteroso,  
que desespero de salud, y pienso,  
qué vale osar en hecho tan dudoso.

Mas, ¡o cuán mal en este error dispenso  
las cosas que contienen mi remedio!  
¡con cuánto engaño voy al mal suspenso!

Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;  
yo no sé, si me rindo, o me defiendo,  
ni sé hallar a tanto daño un medio.

Nuevo fuego no es éste, en que m' enciendo;  
pero es nuevo el dolor, que me deshaze,  
tan ciega la ocasión, que no la entiendo.

La soledad abraço, y no m' aplaze  
el trato de la gente, en el olvido  
el cuidado mil cosas muda, y haze.

En árboles y peñas esculpido  
el nombre de la causa de mi pena  
onro con mis suspiros y gemido.

Tal vez pruevo, rompiendo en triste vena  
primero el llanto, con la voz quexosa  
dezir mi mal, mas el temor me enfrena.

Pienso, y siempre m' engaño en cualquier cosa;  
qu' encuentra con el vago pensamiento  
l' atrevida esperança y temerosa.

Dísteme fuerça, Amor, dístem' aliento  
para emprender una tan gran hazaña;  
y m' olvidaste en el seguido intento.

No tiene el alto mar, cuando s' ensaña  
igual furor, ni el ímpetu fragoso  
del rayo tanto estraga, y tanto daña;

cuanto en un tierno pecho y amoroso  
s' embravece tu furia; cuando siente  
firme valor y corazón brioso.

¿Qué me valió hallarme diferente  
en tu gloria, que huye, y conocerme  
superiör entre tu presa gente?

Ni tú podías más ya sostenerme,  
ni yo en tan grande bien pude, mesquino,  
aunque más m' esforçava, contenerme.

Yo siempre fui de tanta gloria indino,  
y también deste fiero mal que paso;  
ni tú, ni yo acertamos el camino.

Una ocasión y otra a un mesmo paso

se me presentan, que perdí, y conmigo  
me culpo, y avergüenço en este paso.

Tú solo puedes ser, Amor, testigo  
d' aquellos días dulces de mi gloria,  
y cuán ufano me hallé contigo.

No te refiero yo mi alegre istoria  
con presunción, antes la trayo a cuenta  
para más confusión de mi memoria.

No es tanto el grave mal que m' atormenta,  
que no meresca más, pues viendo abierto  
el cielo al bien, me hallo en esta afrenta.

Austro cruel, qu' en breve espacio as muerto  
la bella flor, en cuyo olor vivía,  
y me dexaste de salud desierto;

Siempre te hiera nieve, y sombra fría  
te cerque, y a tu soplo falte el buelo,  
impio ofensor de la ventura mía.

Yo, me vi en tiempo, libre de recelo,  
qu' aun el bien me dañava, aora veo,  
qu' el más mísero soy, que tiene el suelo.

Desespero, y no mengua mi deseo;  
y en igual peso están villano miedo,  
osadía, cordura y devaneo.

Estos cuidados que olvidar no puedo,  
me desafían a sangrienta guerra,  
porqu' esperan vencerm' o tarde, o cedo.

El hijo d' Agenor la dura tierra  
labra, y le ofende el fruto belicoso,  
qu' en armadas escuadras desencierra;

a mí de mi trabajo sin reposo  
nace de cuitas una ueste entera,  
que me trae afligido y temeroso.

Del lago Argivo la serpiente fiera  
no se multiplicó con tal espanto,  
como en crecer mi daño persevera.

Para mayor caída me levanto  
del mal tal vez, y luego desfallezco,  
y m' acuso d' aver osado tanto.

El tormento, que sufro, no encaresco;  
que pasar mal no es hecho d' alabanza,  
mas descanso en dezir cómo padesco.

Oras, que tuve un tiempo de holganza,  
quando pensava, qu' era agradecida  
mi pena, tomad ya de mí vengança.

Yo soy, yo el que pensé en tan dulce vida  
no mudar algún punto de mi suerte,  
yo soy, yo el que la tengo ya perdida.

El corazón en fuego se convierte,  
en lágrimas los ojos, y ninguno  
puede tanto, que vença por más fuerte.

A ti me vuelvo, amigo no oportuno,  
antes cruel contrario, antes tirano,  
robador de mis glorias importuno.

Tú me traes a una y otra mano  
sugeto al freno, y voy a mi despecho  
por el fragoso y el camino llano.

Condición tuya es rendir el pecho  
feroz; oso dezir, que ya t' olvidas  
della, con quien me pone en tanto estrecho.

¿Tu arco y flechas dónde están temidas?  
¿do está l' ardiente hacha abrasadora  
de tantas almas, a tu ley rendidas?

¿Eres tú aquél qu' al padre de l' Aurora,  
vencedor de la fiera temerosa,  
quebró el orgullo, y sojuzgó a desora?

Aquella diestra y fuerça poderosa  
que derriba los pechos arrogantes,  
¿do está ocupada, o dónde está ociosa?

¿Puedes vencer los ásperos gigantes,

los grandes reyes abatir, trocando  
a un punto sus intentos inconstantes;

y no t' ofendes vêr aora, cuando  
más tu valor mostravas, que perdiste  
las onras, que ganaste triünfando?

Mísero Amor, ¿tan poco di pudiste  
qu' un tierno pecho, a tanta furia opuesto,  
sin temor te desprecia y te resiste?

Ya conosco el engaño manifiesto  
en que viví; ninguna fuerça tienes,  
jamás a quien te huye eres molesto.

Sólo en mi triste corazón te vienes  
a mostrar tu poder; no más, ô crudo,  
que ni quiero tus males, ni tus bienes.

Vês este pecho de valor desnudo,  
abierto, traspasado, a tantas flechas  
hará de tu desdén un fuerte escudo.

Aunque pesadas vengan y derechas,  
puede tanto el agravio de mi ofensa,  
que sin efeto bolverán deshechas.

No sé, cuitado, si hazer defensa  
será más daño; que tu dura fuerça  
la siento cada ora más intensa.

¿Quién puede aver tan bravo, quién que tuerça  
un ímpetu tan grande, y que deshaga  
tu furor, cuando más furor lo esfuerça?

Tan dulce es el dolor desta mi llaga;  
qu' en sentirme quexoso soy ingrato,  
porqu' en mi pena el mal es mucha paga.

Atrevido deseo sin recato,  
memoria, que del bien ya tuve, ufana,  
mueven mi lengua al triste mal, que trato.

Engaño es éste d' esperança vana,  
que piensa en sus mudanças mejorarse,  
instable siempre y sin valor liviana.

No pueden las raíces arrancarse,  
qu' en lo hondo del pecho están travadas,  
donde pueden del tiempo asegurarse.

No esperen pues tus penas nunca usadas,  
ni espere, Amor, la voluntad d' aquella,  
que las tiene en mi daño concertadas,

hazer, que dellas yo m' aparte, y della  
m' olvide un punto; porqu' el vivo fuego,  
que nace de su luz serena y bella,  
cual siempre, me trairá vencido y ciego.

### *Elegía VI*

D' aquel error en que viví engañado,  
salgo a la pura luz, y me levanto  
tal vez del peso, que sufrí cansado.

Pudo mi desconcierto crecer tanto,  
qu' anduve de mí mismo aborrecido,  
sugeto siempre a la miseria y llanto.

Ya vuelvo en mí, y contemplo, cuán perdido  
rendí el loçano corazón sin miedo  
a los dañados gustos del sentido.

Más sé, qu' , aunque m' esfuerço, appena puedo  
abraçar la razón; porqu' el engaño  
no se me aparta de la vista un dedo.

Y no me vale, aunqu' en mi bien m' engaño,  
pensar quién soy, ni deduzir del cielo  
la clara origen contra un dulce daño.

¡Cuán mal se limpian del corpóreo velo  
las manchas, y cuán tarde se desata  
de su pasión quien anda en este suelo!

Mil buenos pensamientos desbarata  
la ocasión a deleites ofrecida,  
cuando menos el ombre se recata.

Mas éstos son peñascos de la vida,  
do se rompe la nave en mar ondoso,  
si no va con destreza bien regida.

¿Quiénes tan temerario y desdeñoso,  
que s' entregue a la muerte en esperança  
del caso siempre incierto y peligroso?

Quien quisiera hartarse en la vengança  
de mis males, hallara a su deseo  
colmada la medida sin mudança;

si, conociendo yo mi devaneo,  
no diera al vano gusto de la mano,  
y alçara de la tierra al fiero Anteo.

Grande trabajo es, aunque no es vano,  
querer mudar una costumbre larga;  
grande es, pero es el premio soberano.

Traxe en los ombros esta grave carga  
sin reposar, como otro nuevo Atlante,  
en quien del cielo el peso todo carga.

No soy después del daño tan constante,  
que no tiemble en pensar lo que sufría,  
y de mi ostinación que no m' espante.

Aora voy por una llana vía  
a la seguridad del bien, que sigo,  
do no acertar será desdicha mía.

Considero apartado yo conmigo,  
del roxo sol la inmensa ligereza,  
y en cuanto infunde su calor amigo;

la tibia instable Luna, la grandeza  
del ancho mar, su vario movimiento;  
el sitio de la tierra y su firmeza.

Iuzgo, cuánto es el gusto y el contento  
de gozar la belleza diferente,  
qu' en sí contiene este terrestre asiento;

y cuán dulce es vivir alegremente  
espacios largos d' una edad dichosa,



y contemplar tan alto bien presente;

do en esta vista y luz maravillosa  
el ánimo encendido ensalce el buelo  
a la profunda claridad hermosa;

y allí s' afine d' aquel torpe velo,  
qu' en sí lo traxo opreso; y no le impida  
la gruesa niebla y el error del suelo.

¡Cuánta miseria es perder la vida  
en la purpúrea flor de la edad pura,  
sin gozar de la luz del Sol crecida!

¡Cuán vana eres, umana hermosura!  
¡cuán presto se consume y se deshaze  
la gracia y el donaire y compostura!

La bella virgen, cuya vista aplaze,  
y regala al sentido, en tiempo breve  
al mesmo, qu' agradó, no satisfaze.

No así tan presto aparta el viento leve,  
y disipa las nieblas, y el ardiente  
Sol desata el rigor d' elada nieve;

como a la tierna edad la flor luziente  
huye, y los años buelan, y parece  
el valor y belleza juntamente.

¡Cuán breve y cuán caduca resplandece  
nuestra gloria!, ¡cuán súbito, en el punto  
que deleita a los ojos, desaparece!

Mas, ô si ser pudiese, qu' este punto  
de breve vida, alegres, en sosiego  
gozásemos sin miedo y dolor junto.

Cual, d' ambición y d' avaricia ciego,  
sulca el piélagos inmenso peregrino,  
y vê del Sol más tarde el claro fuego.

Cual, ardiendo en furor de Marte indino,  
arma el osado pecho en duro hierro  
contra el estrecho deudo y el vezino.

Cual, de sí mismo puesto en un destierro,  
niega su voluntad por otra agena,  
y sigue inferior el mayor ierro.

Lisongeros halagos, dulce pena,  
buscado mal del desvarío umano  
traen de gusto la esperanza llena.

Ningún monte, o desierto, ningún llano,  
a do pueda llegar gente atrevida,  
nos tendrá libres del error profano.

Ira, miedo, codicia aborrecida  
nos cercan, y huir no es de provecho,  
que las llevamos siempre en la huída.

Incierto y congoxoso tiene el pecho,  
quien espera; no goza ni sosiega,  
si sus vanos contentos no a deshecho.

Quien sabe en qué se goza, y nunca entrega  
su buena dicha en el poder ageno,  
de la virtud a l' alta cumbre llega.

Estos deleites, tras quien fui sin freno,  
qu' al fin tan caro cuestan, me traxeron  
siempre de confusión y temor lleno.

Ni fueron firmes ni fiëles fueron,  
dañáronme huyendo; y si uvo alguno  
que no, huyó con cuantos me huyeron.

Seguro gozo puede ser ninguno,  
ninguno puede ser perpetuo, en quanto  
la tierra cría, y cerca el gran Netuno.

Sola Virtud, tú sola puedes tanto,  
qu' el gozo dar perpetuo, y bien seguro  
puedes, si en amor tuyo me levanto.

Lugar puede hallarse tan oscuro,  
do s' asconda algún tiempo el error cierto,  
mas sale a fuerça al cabo al aire puro.

La vergüença del proprio desconcierto,  
el miedo, vengador de nuestras penas,

nos muestran nuestra falta en descubierto.

El delito y las culpas son ajenas  
de nuestra condición, pero nacimos  
con mil flaquezas de miseria llenas;

y tan mal nuestros bienes conocimos,  
y dimos tanta mano al torpe gusto,  
que solos sus regalos admitimos.

¿Do está el deseo ya del onor justo?  
¿do el amor verdadero de la gloria?  
¿do contra el vicio el corazón robusto?

Gran hazaña es gozar de la vitoria  
del bravo contendor, y los despojos  
guardar para blasón de la memoria;

pero es mucho mayor, ante los ojos  
que miran bien, por la no usada senda  
caminando entre peñas y entre abrojos,

sobrepujar en áspera contienda  
sus contrarios, y vêr s' en l' ardua cumbre,  
do no alcance el nublado, ni l' ofenda.

Mas, ¿quién podrá subir sin viva lumbre?  
¿quién sin favor qu' aliente su flaqueza,  
y l' alce desta grave pesadumbre?

Si yo pudiese bien en tu belleza  
fixar mis ojos, Musa soberana,  
y contemplar cercano tu grandeza;

del ciego error y multitud profana,  
que s' entorpece en la tiniebla oscura,  
no seguiría la opinión liviana.

Antes con voluntad libre y segura,  
abrasado en tu amor, ocuparía  
la vida en admirar tu hermosura.

Y aquí do el Betis desigual varía  
el curso, y buelve y trueca la creciente,  
un apartado puesto escogería.

Do l' ambición de tanta errada gente,  
los deseos injustos, la esperança,  
dulce engaño del ánimo doliente;

en este estado, libre de mudança,  
no podrían turbarme del sosiego,  
qu' en la discreta soledad s' alcanza.

Rompa los senos otro del mar ciego  
con prestas alas de su osada nave,  
do no s' aventuró Romano, o Griego;

llegue, do el sacro Océano se trave  
con el piélago Austral, y no cansado,  
cerque el golfo, qu' el ielo torna grave;

que bien puede alabarse confiado  
d' aver visto, tratado y conocido,  
y mil varios peligros allanado;

pero no avrá gozado, ni entendido  
los bienes, qu' el silencio en el desierto  
da a un corazón modesto y bien regido,  
fuera de todo umano desconcierto.

### *Elegía VII*

Si el presente dolor de vuestra pena  
sufré escuchar, de la pasión, que siento,  
esta mi Musa de dulçura agena;

estad, Señor, un breve espacio atento  
a las llorosas lástimas, que canto  
solo, puesto en olvido y descontento.

Que si yo puedo declarar bien, cuánto  
estrago haze Amor en mis entrañas,  
no será en vano mi quexoso llanto.

Mas, ¿cómo las cruizas y hazañas  
del fiero usurpador de l' alma mía  
dezir podré, y sus bueltas siempre estrañas?

Seguro, alegre, en quiëtud vivía

con libertad y corazón ufano,  
mostrando contra Amor grande osadía.

Pensava, mas al fin pensava en vano,  
que contra la dureza de mi pecho  
no pudiera el rigor deste tirano.

No me valió; que al cabo a mi despecho  
rendí a su yugo el quebrantado cuello,  
y fue mi orgullo sin valor deshecho.

Un sutil hilo pudo d' un cabello,  
más bello que la luz del Sol dorado,  
traerme preso sin jamás rompello;

y unos ojuelos de color mesclado,  
que prometen mil bienes, sin dar uno,  
tomaron el imperio en mi cuidado.

Vilos, y me perdí, mas, ô importuno  
remedio, que no viéndolos, me pierdo  
del mayor mal que tuvo amante alguno.

El seso pierdo, cuando estoy más cuerdo,  
pero Amor es furor, quien no está loco,  
dirá, que hablo sin algún acuerdo.

Las cosas, que d' amor apunto y toco,  
no alcança esa profana y ruda gente;  
vos sí, que de su mal no sabéis poco.

Yo voy por un camino diferente  
en los males que tengo, y nunca espero  
sanar deste dolor, que l' alma siente.

Al bien medroso, al mal osado y fiero,  
y estoy de gloria y ufanía lleno,  
cuando en la fuerça del tormento muero.

Si puedo alguna vez hallarm' ageno  
de mi pasión, ocupo la memoria;  
en cuán poco meresco, lo que peno.

No cabe en mí pensar que tanta gloria  
se deve a mi dolor; ni que s' estienda  
de mis afanes la dichosa istoria.

No hallo ya razón que me defienda  
de perdición, pues corro tras mi engaño,  
y me despeño sin cobrar la rienda.

D' un día en otro voy al fin del año,  
desvanecido y lleno d' esperança,  
sin abraçar el claro desengaño.

Pienso y entiendo, que hazer mudança  
podrá valerme, mas la cruda vira  
d' Amor o cerca, o lexos todo alcança.

Mil vezes contra mí me pongo en ira,  
y culpo mi temor y mi flaqueza,  
que del onrado intento me retira.

Mas ¿quién tiene tan grande fortaleza?  
¿quién vê, libre del mal aquel semblante  
y pura flor d' angélica belleza?

No soy peña, ni duro diãmante;  
tal furor tierno vive en estos ojos,  
que de su luz s' enciende en un instante.

Pequeños son, no alcançan mis enojos  
a merecer la gloria del mal mío,  
ni vêrse juntos entre sus despojos.

Nevosos invierno y abrasado estío  
destruyen mi esperança de tal suerte,  
que me mata el calor, y acaba el frío.

Más qu' otro pudo ser, mi pecho es fuerte,  
pues no fallece en tal dolor, sufriendo  
los extremos efetos de la muerte.

Cual suele Febo aparecer, trayendo  
la luz y los colores a las cosas,  
cuando del sacro mar sale luziendo;

tales sus dos estrellas gloriösas  
dan a mi alma claridad divina,  
que m' enciende en mil llamas amorosas.

Y cual se muestra el cielo, si declina

la luz, y con la sombra tenebrosa  
el orror de la noche s' avezina;

tal yo, sin su beldad maravillosa,  
estoy confuso y lleno de recelo,  
desierto y triste en soledad penosa.

Las ricas hebras del dorado velo  
vencen a las que cercan a Ariana  
en el eterno resplandor del cielo.

¡Cuánto m' engaña esta esperança vana  
en contar de mi afán la triste istoria,  
y el desdén de mi Estrella soberana!

No sufre mi fortuna tanta gloria,  
qu' espere merecer alguna parte  
de mi dolor lugar en su memoria.

El fiero estruendo del sangriento Marte,  
de que tiembla medroso el Lusitano,  
atónito de tanto esfuerço y arte;

incita éste mi canto umilde y llano  
en su alabança, pero apena puedo  
juntar las Musas al furor insano.

Otro que tenga espíritu y denuedo,  
podrá cantar, igual a tan gran hecho;  
que yo en dezir mis males estoy ledó.

El dolor que padece vuestro pecho  
permita, y la serena luz ardiente,  
y el oro, qu' os enlaza en nudo estrecho,

que yo, ô sublime gloria d' Occidente,  
ose mostrar en este rudo canto  
lo qu' el deseo publicar consiente.

Que si, como pretendo, yo levanto  
la voz, el Indo extremo, el Lapón frío,  
y aquél qu' el alto Febo abrasa tanto;

y quien abita el Amazonio río,  
onrarán vuestro nombre generoso,  
admirados d' oír el canto mío.

¿Cuándo será aquel día, en qu' el hermoso  
rayo d' Amor y celestial Luzero  
hiera este campo y río venturoso?

Betis, qu' al grande Océano ligero  
con curso ufano contrastar porfías,  
sin espantarte su semblante fiero;

con creciente mayor, que la qu' envías,  
rebosa, y salgan del ondos seno  
tus Ninfas a ayudar las voces mías.

Descubra el cielo el resplandor sereno,  
y virtud nueva infunda a tu ribera,  
y al campo, de mil flores siempre lleno.

La luz de hermosura verdadera,  
por quien suspira el venturoso amante,  
por quien en esperança desespera;

con pura faz de rosas, semejante  
a la bella y divina caçadora,  
se te muestra, y ya casi está delante.

Pinta pues, variando; orna y colora  
de perlas y esmeraldas tus cristales,  
y tus arenas enriquece y dora;

y ciñe con mil ramos de corales  
la venerable frente, a cuya alteza  
son los más grandes ríos desiguales;

y ofrece umildemente a su belleza  
los nobles dones, qu' abundante cría  
de tu fértil corriente la riqueza;

Venid diziendo ya, Señora mía,  
meresca ya por vos aquesta tierra  
el bien que mereció esa tierra fría.

En esta parte el largo cielo encierra  
(tanto puede alcançar la suerte umana)  
cuanto aparta de otras y destierra.

Sola vuestra grandeza soberana



le falta, para ser siempre dichosa,  
venid pues, ô clarísima Diana.

Este prado y ribera venturosa,  
este bosque, esta selva y esta fuente  
os llama y os suspira deseosa.

Ceñid vuestra serena y limpia frente  
deste florido cerco, entrelazado  
de los ricos esmaltes d' Oriente.

Umilde don, mas deve serpreciado;  
que yo doy sólo a vos estos despojos,  
a pagar mayor censo condenado.

Ya son eternas flores los abrojos,  
y el frío invierno buelto va en verano  
con la cercana luz de vuestros ojos.

En medio deste abierto y fértil llano  
alçará de mis Ninfas todo el coro  
un templo a vuestro nombre soberano.

Y con guirnaldas en las hebras d' oro  
texerán bueltas, y trairán consigo  
las qu' en sus ondas cría el seno Moro.

Y todas juntas cantarán conmigo  
del sagrado Imeneo en alabança,  
de qu' el cielo a querido ser testigo.

Venid, ô gloria nuestra y esperança;  
deshaga vuestra vista el sentimiento  
de quien tanto s' ofende en la tardança.

Mas ¿dónde m' arrebatara el pensamiento?  
¿Do en tan alta grandeza me levanto  
con vano y temerario atrevimiento?

Vos tenéis, gran Marqués, desto, que canto,  
la culpa, y me hezistes atrevido;  
que yo de mí no pienso, ni oso tanto.

Mi ruda Musa sólo en mi gemido  
s' ocupa y en memoria de los daños,  
qu' a tan mísero estado m' an traído.

Sabrosa perdición, dulces engaños,  
siempre temido mal, eterna pena,  
que sufrí triste de mis tiernos años,

dieron la gloria de desdichas llena,  
al simple canto, a cuya rustiqueza  
abrió el Amor una profunda vena.

Mas para celebrar la gran belleza  
de la inmortal Diana y su luz pura,  
y del mucho amor vuestro la grandeza,  
ni puedo, ni meresco tal ventura.